


Cartas a dúo de Francisca Aguirre y su familia a Manuel Molina, poeta en Alicante

Cecilio Alonso

Investigador independiente

Resumen: El presente artículo se ocupa de presentar y analizar un total de trece cartas firmadas por las tres hermanas Aguirre Benito —Francisca, Mágina, y Susy— y por Félix Grande, cuyo destinatario era el poeta de Orihuela Manuel Molina (1917—1990). La correspondencia aquí presentada abarca los años 1958 a 1967 y forma parte del fondo epistolar que las hijas de Manuel Molina depositaron en el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante. Estas cartas componen una serie deshilvanada y discontinua pero sobrada de detalles que dan cuenta de la fase más intensa de la relación de amistad surgida al filo de un viaje a Alicante de Mágina hacia 1958, y que resultaría en un proceso epistolar que se intensificó durante un tiempo limitado para irse difuminando paulatinamente.

Palabras clave: correspondencia, cartas, poesía, Francisca Aguirre, Félix Grande, Manuel Molina.

 En el fondo epistolar que las hijas del poeta oriolano Manuel Molina (1917—1990) depositaron en el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante hay trece cartas fechadas entre 1958 y 1967, firmadas en circunstancias dispares por las tres hermanas Aguirre Benito —Francisca, Mágina, Susy— y por Félix Grande quien, a no mucho tardar, había de ingresar en la familia por su matrimonio con la primera de ellas en 1963.

La mayor parte de estos documentos se concentran en el periodo 1959-1962. Componen una serie deshilvanada y discontinua pero sobrada de detalles que dan cuenta de la fase más intensa de una relación surgida al filo de un viaje a Alicante de Mágina hacia 1958, que se cultiva a impulso de una simpatía recíproca y se intensifica durante un tiempo limitado, para irse difuminando sin explicación alguna cuando la distancia y la diversificación de intereses van

espaciando los encuentros. La fase de Iniciación, se produjo en el otoño de 1959 con sendas cartas de Marga y Paca (carta [principios 1959] y carta [octubre 1959]). La de apogeo (cartas [noviembre 1959-junio 1960]) la protagonizan Paca y Félix, y la de distanciamiento, tras un viaje de Molina a Madrid en 1961 la escenifican Susy (carta [junio 1960] y carta [noviembre 1961] y Félix (carta [enero 1962]). Excepto las tres últimas presentan la particularidad de estar firmadas a dúo, como los propios remitentes se encargan de constatar en un par de ocasiones (carta [octubre 1959] y carta [febrero 1960]).

En la serie falta la voz fundamental del destinatario de las cartas, eclipsado por el entusiasta protagonismo de sus jóvenes corresponsales. Difícilmente podemos adivinar sus argumentos y reacciones mentales, aunque finalmente parece quejoso de un inesperado olvido. De esta elusiva comunicación podría deducirse que Molina, tras haber ocupado el primer plano de la simpatía familiar acabó convirtiéndose en un interlocutor prescindible en la vida de relación de Paca y Félix. El afectuoso trato inicial quedó reducido a términos convencionales cuando en enero 1967 el ya premio Adonais Félix Grande agradeció a Molina, breve y protocolario, la reseña de su cuento galardonado en el polémico concurso Gabriel Miró del año anterior¹. No obstante, sabemos por testimonios familiares directos que la simpatía y admiración de la familia Molina hacia los Grande Aguirre se mantuvo latente pese al silencio epistolar posterior a 1967.

No en balde, seis años atrás, en una tarde invernal de intimidad sentimental en un café madrileño —el Levante, en la Puerta del Sol— Paquita y Félix sintieron la llamada lírica de Miguel Hernández de cuyo nacimiento se cumplían cincuenta años. Emocionados por su recuerdo y deseosos de conocer pormenores ignorados sobre el poeta, pensaron en aquel Manolo Molina — interlocutor privilegiado para hablar de Miguel— con quien la familia Aguirre había establecido relación poco tiempo atrás en Alicante y que tanta fidelidad manifestaba hacia su infortunado amigo de Orihuela. Por su espontaneidad es un instante único de esta correspondencia que ilumina por igual, sin temor al exhibicionismo, dos ámbitos del

¹ Vicente Ramos, *Las cartas boca arriba*. Alicante, Publicaciones alicantinas, 1966. pp. 7 y 37-49.

sentimiento: el amor y la amistad. Sin duda es el breve instante estelar de estas cartas por su impremeditada y candorosa espontaneidad (carta [febrero 1960]). A Paca la evocación de Hernández le podía actualizar los más dolorosos recuerdos familiares de su adolescencia. Félix, que aún buscaba rincones donde ejercitar su provincianismo, quizás se sintiera próximo al Miguel pueblerino que llega a Madrid en busca de reconocimiento para su poesía, aunque entre ambos mediaran los desoladores estragos de la guerra civil.

Respecto al receptor de sus escritos, Manuel Molina, en 1959 les llevaba más de quince años y ya había despertado cierta curiosidad en la sociedad literaria como autor de *Hombres a la deriva* (1950) y de otras entregas poéticas impregnadas a la par de congoja existencial y sensibilidad social. Forjado a prueba de contrariedades y trabajos a pleno sol, padre de familia, a sus 42 años inspiraba confianza en los poetas jóvenes. Su casa en el barrio de San Blas de Alicante era refugio acogedor para quienes llegaban a ella acuciados por cuitas creativas.

Molina había convivido en Orihuela con sus vecinos Miguel Hernández y Carlos Fenoll en su adolescencia. Trasladado a Alicante muy joven, había hecho la guerra, primero como voluntario en la defensa de Madrid (1936) y después como carabinero en el frente de Teruel, mientras hacía sus primeras salidas líricas en el diario comunista alicantino *Nuestra Bandera*. Tras la derrota republicana tuvo la fortuna de no verse envuelto en denuncias comprometedoras. Hubo de alternar la prestación suplementaria del servicio militar en el ejército nacional con las más variadas actividades laborales de supervivencia, la más habitual la de listero en la construcción de caminos vecinales. No obstante, a partir de 1940 su nombre estuvo presente en cuantas tentativas literarias se produjeron en Alicante con la utópica aspiración de sustraer la escritura poética al dominio institucional: desde *Arte joven* (1940) e *Intimidación poética* (1943) a *Verbo* (1946) y a la colección *Ifách* (1949) en la que contribuyó a publicar una de las primeras antologías de versos de Hernández tras su muerte (*Seis poemas inéditos y nueve más*, 1951).

Si me he decidido a dar noticia de estas cartas que forman parte incidental del contexto en que se movía Francisca Aguirre antes de manifestarse poéticamente, es porque no ignoro que la ejemplaridad biográfica de ciertas conductas requiere argumentos y en el material humano de esta corta correspondencia bien pudieran

hallarse algunos motivos, no del todo marginales, para reconstruir la atmósfera de un grupo familiar fuertemente cohesionado por ideas y poesía durante la segunda mitad del siglo XX. Los sesenta años transcurridos desde su redacción establecen suficiente distancia para leerla sin susceptibilidades, aunque no me propongo ahora la transcripción íntegra de la serie.

Esta correspondencia nos trae voces de años oscuros que merecen actualizarse para probar su existencia. Voces que se salen de lo común. Ciertamente domina un registro masculino —Félix Grande— la voz más empastada y cuidadosa con los efectos de su expresión. Los tres femeninos, en cambio, van cargados de natural familiaridad. En fin, un conjunto de cartas huérfanas que bajo su aparente heterogeneidad responde al impulso común de encontrar un interlocutor receptivo. Excepto la última, fechada en 1967, corresponden a la prehistoria poética de la familia Grande Aguirre, y son anteriores a la publicación de sus primeros libros, *Las Piedras* (1964) e *Itaca* (1972), respectivamente.

Pocos son los rasgos sobreentendidos que contribuyen a simular la imprescindible imagen del interlocutor silente en las cartas de Paca Aguirre: Molina es el celebrado cabeza de una familia envidiable y feliz que vive en una bonita casa en el paraíso alicantino, padre de unas «nenas encantadoras» (carta [principios 1959]); un «as» haciendo sonetos y autor de un poema conmovedor recién publicado en *Poesía Española* (eje central de atención poética para los asiduos al Aula de Poesía del Ateneo de Madrid que dirigía José Hierro) (carta [octubre 1959]). Ella satisface su curiosidad provinciana dando al «oculto» noticias de actividades, lecturas y premios madrileños (carta [noviembre 1959], cartas [diciembre 1959]): pese a ello, parece que Molina confesaba su «melancolía provinciana» como forma de hacerse notar en clave quejumbrosa. Lo que provoca la corrección severa de Paca (carta [febrero 1960]): “En Madrid ocurren las mismas arbitrariedades de siempre: premios injustos, lecturas livianas, revistas de escaso voltaje, etc. No creo que tu melancolía de ciudad sea muy dolorosa”.

Como albacea del archivo de Molina, en enero de 2019, tras el memorable homenaje que Ricardo Bellveser tributó a Francisca

Aguirre en el Ateneo Mercantil de Valencia, la avisé de la conservación de estas cartas a través de su hija Guadalupe sin que ninguna de las dos pusiera objeción alguna a su consulta por investigadores en el Archivo de la Democracia de la Universidad de Alicante, ni a una hipotética utilización documental de las mismas. No pude confirmar si tenían en sus papeles las correspondientes cartas de Molina, porque, lamentablemente, la muerte de la madre se produjo pocas semanas después y no creí oportuno insistir. Como es sabido el extenso archivo familiar de la familia Grande Aguirre ha sido donado a la BNE (2022) y está en fase de catalogación. Sólo para que quede constancia provisional de esta relación, en espera de una documentación más completa, me limito a dar aquí noticia de la correspondencia conservada en Alicante dejando para otras manos con mejor perspectiva la posible edición íntegra de la misma.

Las cartas

Ignoro exactamente cuándo se inició la amistad de las hermanas Aguirre con Manuel Molina, aunque la ignominiosa muerte de su padre no pasó desapercibida para los jóvenes artistas y poetas alicantinos. La correspondencia conservada parece indicar que hubo un encuentro con Mágina en casa del pintor Francisco Pérez Pizarro, donde solían reunirse amigos escritores y artistas, en las tardes de domingo. Pudo ser al final del verano de 1958 aprovechando un viaje familiar de la muchacha a Alicante, donde residía un hermano de su padre. En la primera carta, sin fecha, recuerda el mar alicantino y su visita al piso de los Molina a quienes recordaba sin formulismos, entre elipsis contextuales, no siempre reparables:

En cuanto llegué [*a Madrid*] como era de esperar, no perdí el tiempo y empecé enseguida el relato de mis aventuras sobre todo la visita a Pérez Pizarro, su original esposa, “el joven poeta” y la casa de mi amigo Manolo, Manolo... ¿qué clase de poesía hace usted?

Por aquellas fechas, María Poveda —esposa de Pérez Pizarro, recientemente inclinado al informalismo y miembro del valenciano

Grupo Parpalló— tenía especial interés en que su marido expusiera en Madrid y no rehuía la ocasión de establecer contactos para lograrlo. Algún tiempo después, incluso llegó a encargar al «joven poeta» Carlos Sahagún que tanteara la posibilidad de hacerlo en el Ateneo, cuya sala de exposiciones dirigía Carlos Areán,

Pero el asunto central de aquella primera carta fue la recepción del libro *XV años de pintura alicantina*, de Francisco Armengot y José A. Cía, en cuya página 64 se incluía una foto de Francisco Sánchez en blanco y negro del cuadro de Lorenzo Aguirre *Peixcaters de Moraira*, conservado en la colección del Ayuntamiento de la ciudad. Foto que contribuía a restañar la herida más profunda que la guerra civil había dejado en aquella familia:

¿Sabéis? He recibido el libro de los *25 años de pintura alicantina*. En casa esto ha sido un acontecimiento importante, pues aunque ya sabían de su publicación, el ver la reproducción del cuadro y el nombre de mi padre impreso ha significado mucho para nosotras: mi hermana Susy, que es la pintora, se ha puesto rápidamente en movimiento para reunir la mayor cantidad de datos y mandárselos a este buen amigo tuyo ² [José Antonio Cía], a quien también escribo agradeciéndoselo.

La carta se cerraba con unas líneas de Paquita Aguirre que, como hermana mayor reiteraba su agradecimiento por las atenciones prestadas a su hermana por los amigos de Alicante, abriendo puertas a una afectuosa camaradería:

Queridos amigos: Unas letras solamente para enviaros, juntamente con mi agradecimiento, todo mi afecto. No es necesario deciros cuanto me hubiera gustado poder estar con vosotros, en esa casa encantadora que tenéis, según mi hermana. Espero, no obstante, poder

² José Antonio Cía Martínez (Ceuta 1925-Alicante 2002), pintor autodidacta en sus inicios y crítico de arte de Radio Alicante, coautor del mencionado libro.

daros un abrazo cuando vengáis a Madrid, lo que desearía fuera muy pronto.

Os mando un fuerte abrazo y un beso para vuestras encantadoras nenas, a las que conozco a través de Mágina.

Paquita

La segunda carta, fechada el 30 de octubre de 1959, está íntegramente caligrafiada por Paquita, aunque la firman las dos hermanas que juegan el rol de enlace con los amigos ateneístas que como Juan José Esteve y Sofía Noël habían residido varios años en Alicante³, o como Angelina Gatell que sostenía con Molina una cordial correspondencia desde 1951, antes de trasladarse de Valencia a Madrid. Dicha carta — «escrita a dúo» decía Paca porque escribía con «Mágina al lado haciendo el papel de apuntador»— era respuesta halagüeña a otra precedente en la que Molina les había enviado un soneto que había gustado «una «barbaridad y no solamente a nosotras, sino al restante público ateneísta». También habían leído «el hermoso poema que has publicado en *Poesía Española*⁴, y te decimos lo mismo que con el soneto.» Las líneas restantes eran un mínimo noticiero literario adornado con frases cariñosas, donde daban cuenta de que se habían iniciado las tertulias literarias sin mucha suerte —“estamos esperando que vengas tú a ver si nos animas, y de paso podemos darle un abrazo a tu mujer”—, comunicándole que el 3 de noviembre leería Angelina Gatell en el Aula de Poesía, transmitiéndole el afecto de los amigos y manifestándole su simpatía: “Manolo, no dejes de tenernos al corriente de tus proyectos y hazañas y, sobre todo, mándanos copias de tus poemas, que ya sabes la alegría que éstos nos producen”.

A partir de la tercera carta entra a formar parte de estos «dúos» Félix Grande que asume protagonismo, ocupa la mayor parte del espacio y sostiene el contenido propiamente literario de la correspondencia, mientras Paquita, en un segundo plano, se suele reservar las referencias testimoniales a la vida ateneísta y a los amigos comunes.

³ Juan José Esteve había prologado el poemario de Molina *Hombres a la deriva* en la Colección Ifach (Alicante, 1950). Sofía publicó en la misma colección *La huída y otros relatos* (1951).

⁴ Se trata del *Guiñol del pueblo aquel* (*Poesía Española*, agosto 1959, p. 28) incluido en su libro *El Suceso*, Cádiz, La Caleta 1960 bajo el título de *El Pueblo aquel*.

El joven escritor extremeño aún no conocía personalmente a Molina, pero se muestra sinceramente interesado por su poesía y deseoso de ganarse su confianza. En este proceso se filtra un ego activo que ahonda en sí mismo y trata de expandirse. Su situación es la de quien desea ser admitido en la amistad de quien considera sujeto de afinidades ciertas y Molina reunía estas condiciones. Félix se muestra muy interesado por su poesía existencial, empapada de «sudor picapedrero» de la que se siente solidario. A partir de ello va perfilando el deseo de una amistad poética intensa ensayando reflexiones, confesiones líricas privadas que trataban de exponer voluntariamente el Yo desnudo a la mirada ajena como una necesidad, generosas pruebas de confianza como propuesta anticipada de una relación que Félix iniciaba asumiendo el riesgo de prometer una tensión emotiva cuyo grado de sinceridad después quizá no pudiera sostener. Esta petición de amistad poética, como era habitual, iba acompañada de muestras de sus sonetos para llegar cuanto antes a la compenetración con el receptor. Grande pasaba revista a su bagaje vocacional y a sus gustos literarios:

No sé por qué me empeño en recordar razones para esta carta (ya, en intención, bastante vieja). La verdad es que el principal motivo . . . es que tú escribes versos. Y yo, primero desde un lejano pueblo –lejano, sencillo y luminoso, como una raza de personas– y después desde este rincón de Madrid, (mi rincón de Madrid: también en las ciudades los poetas inventamos nuestros rincones provincianos), yo he tenido un finísimo contacto con un poeta licenciado en sudor picapedrero.

¿Sabes –para tus complejos va esta pregunta– que aún quedamos lectores que, al margen de la calidad y de las modas, buscamos, necesitamos encontrar la bondad, la sencillez, la luminosidad de lo espontáneo; el testimonio de la conformidad, que puede ser una forma activa de comprensión? Y a la vista de tus versos, yo respiro un aire de infancia, de buenos propósitos, de esperanza positiva y posible y de melancolía absolutamente limpia. Y no me importa que lo digas de una forma o de otra puesto que sé que

hasta a los enormes poetas hay que ayudarlos con nuestra buena voluntad para que al fin digan algo más que palabras. Por otra parte, imagino que ya sabrás que el único placer puro, inocente, de esta tarea de escribir es sentarse a la mesa, acariciarse la frente y empezar a decir cosas. Y lo posterior no importa apenas. Yo, descaradamente joven, ya lo pienso así.

Otros argumentos que concretaban esta larga declaración eran su estima por Miguel Hernández y el aprecio por Carlos Sahagún, ambas menciones de seguro efecto para ganar la simpatía de Molina. Y por si no fuera suficiente la tierna referencia a Paquita Aguirre:

He ido a enamorarme de una mujer⁵ que te guarda un afecto limpio, y se admira de tu propia limpieza. Y si tomamos cariño a un regalo, a unas tapias, a un cartón, que por venir del país del amor ya es algo más que nuestro, ¿cómo no tomar afecto a los seres?

El colofón era una especie de disculpa autocrítica por la afectación de algunos pasajes «vestidos de literatura» en exceso pero que, en el fondo, desvelaban inevitablemente lo íntimo de sí mismo:

Perdona que a veces me haya puesto literario. Tú sabes que, una vez lanzado, ya no es posible esconderse a las frases: tiene también su lado conveniente, por cuanto ayuda a decir lo íntimo de uno mismo, aunque una vez vestido de literatura, parezca que es lo íntimo de otros, lo íntimo de los demás. Contento de que en lo sucesivo ya no seré un desconocido vuestro, me despido con un abrazo, Félix Grande.

⁵ [Al final de la carta, la letra, picuda de Paquita Aguirre introducía un guiño de buen humor para servir de contrapunto al discurso sublimador de su novio] *«Querido Manolo: Pongo estas letras al pie de esta larga carta para aclararte que la mujer a que se refiere Félix: soy yo, vuestra amiga que os quiere. Paquita».*

Apostaba fuerte, pero tuvo efecto porque las hijas de Molina todavía recuerdan la simpatía juvenil que despertaban sus posteriores visitas a casa y la admiración que por su obra sintieron siempre sus padres.

Semanas después, el 3 de diciembre, ampliaba su identificación con el destinatario en una carta escrita con cierto desenfado humorístico «en medio del ruido infernal» de una oficina cuartelera:

Suenan las máquinas y los teléfonos: ¿Cómo podría yo, en este clima, conservar mi calma interior? . . . ¡Dios mío, cuánto ruido! Cuánta máquina. Cuánta prisa. La sociedad urge y se contorsiona, mientras la honda vida bosteza y se entristece.

Se trata de una carta caótica donde hace referencia a sus últimas publicaciones en *Poesía Española* y *Mundo Hispánico*), a libros en preparación y proyectos de participación en concursos, a predilecciones literarias (Rilke, Kafka) que recomienda con entusiasmo al receptor a quien trata de descubrir también algunos jóvenes valores españoles, especialmente Antonio Gala al que acababa de conocer y a su antiguo amigo de Tomelloso Eladio Cabañero:

Por aquí, como es la época, hay muchas lecturas a las que vamos contentísimos y de las que solemos salir aburridos ¡o tristes! No obstante, archiva este nombre: Antonio Gala. Es amanerado y andaluz, y ha querido ser cura. Por todo esto, nadie quiere creer en él. Pero yo confío en su voz, aun cuando habrá de sacudirse la de Rilke. (Por otra parte, parecerse a Rilke, ya me parece un avance y una esperanza). . . Hay también un libro que aún se está escribiendo: “Los desconocidos” de Cabañero. Cuando salga no pierdas la oportunidad. Yo creo en Eladio tanto o más que en mí mismo⁶. (Es inevitable la auto esperanza, aunque resulte sedante, es inevitable.)

⁶ Eladio Cabañero mantenía correspondencia con Molina desde mediados de 1956, antes de que se iniciara la amistad del poeta manchego con Carlos Sahagún. La serie se conserva también en su legado del ADUA.

En la entraña de esta carta reaparecía el júbilo amoroso de los amantes pobres pero felices, que sueñan con poder adquirir un centenar de volúmenes de bolsillo con los que personalizar su biblioteca común:

Paquita y yo somos felices. Es estupendo que entre tantos millones de seres humanos sepamos que somos el uno para el otro... (La frase no es mía). No tenemos ni cinco céntimos. No obstante, ayer, con un catálogo de la Colección Austral en la mano, señalamos libros por valor de más de mil pesetas. Te prometo que los compraremos. (Me hace feliz pensar que hay seres incapaces de censurarnos estas reacciones).

Como ya era habitual el final del papel estaba reservado a su compañera, mucho más práctica al resumir las noticias literarias madrileñas que más podían interesar al receptor:

Querido Manolo: Mi carta es casi un bis de la de Félix, que ha monopolizado casi todas las cosas que había interesantes, salvo que Ángela [*Figuera Aymerich*] nos leyó en el Ateneo un nuevo libro y que, como era de esperar, nos gustó. Toda la gente de acá, es decir Hierro, Angelina Gatell, Manrique de Lara, Sofía Noël, Eladio Cabañero y Carlos Sahagún nos han dado efusivos recuerdos para ti, y como sé que ello te alegrará, no me he dejado ninguno en el tintero. Hemos conocido al hijo de Miguel Hernández, y nos ha parecido un buen muchacho y muy simpático⁷. Esta carta mía, debido al poco espacio parece más bien un telegrama, pero a pesar de ello, quiero deciros que vuestra casa y todos sus ocupantes cuentan con nuestro sincero afecto.
Paquita.

⁷ Manuel Miguel Hernández Manresa, por mediación de Paco Ribes marido de M^a de Gracia Ifach, había comenzado a trabajar en la administración de Taurus donde coincidió con Carlos Sahagún que durante algún tiempo confeccionaba notas bibliográficas para los catálogos de la editorial y recopiló la antología *7 poetas contemporáneos* para la colección «Ser y Tiempo» (1959).

Mándanos algo de lo que hayas escrito últimamente.

Con la misma fecha, en hoja aparte, tras leer lo escrito anteriormente por la pareja, Mágina Aguirre añadió unas líneas socarronas cuya remisión acabó posponiendo hasta la inmediata navidad:

Me han cogido la delantera Paquita y Félix y después de leer la carta de un poeta y su novia por vergüenza debería callarme, pero me acuerdo mucho de vosotros y a pesar de las comparaciones, me atrevo a escribiros un poco para mandaros un abrazo muy fuerte y muchos besos para las niñas

Mágina

[*Termina el 24-12-59*] Esta carta la he escrito hace muchos días, y como se ha quedado aquí hasta Nochebuena que es hoy, que tengáis muchas Felices Pascuas y Año Nuevo.

Junto a ella iba una cuartilla de la misma fecha, con letra de Paquita donde mostraba su alegría por la concesión a José Hierro del premio de la Fundación Juan March. Aparte, sin fecha, Marga remitió otra tarjeta navideña dirigida conjuntamente a Molina y Sahagún en Alicante, deseándoles «mucha prosperidad y suerte» para el año siguiente y apostillando con humor: «¡Ojo con los chinos!» aludiendo al juego de adivinanzas al que solían recurrir para decidir el pago de los vinos.

Pero los dúos epistolares más sugestivamente estructurados de la serie llegaron en 1960. En el primero de ellos, la alternancia trenzada armónicamente de ambos firmantes —Paca y Félix— en la redacción de la siguiente carta, era un lance improvisado al calor de un enamoramiento que liberaba el presumible rubor de verbalizar ante un tercer aspecto de su común intimidad. Divertimento concebido, como queda dicho, bajo la inminencia del cincuentenario del nacimiento de Miguel Hernández, que avivaba curiosidad por los detalles de su vida y poesía:

Madrid, 28-2-60

[*Letra de Félix*]

Amigo Manolo: Paquita y yo hemos empezado hablando de Miguel Hernández. Después hemos hablado de ti y de tu mujer. Hemos resuelto escribiros aquí mismo, en el Café de Levante.

Esto, como podrás apreciar es una carta a medias; resulta que a los dos nos hubiera gustado charlar ahora con vosotros, y especialmente que tú nos contases cosas de Miguel. En vista de que no es posible, hay pocas cosas posibles en esta bendita época, hemos decidido escribiros a dúo.

[*Letra de Paquita*]

Información totalmente gratuita: somos felices. Lo demás: en Madrid ocurren las mismas arbitrariedades de siempre: premios injustos, lecturas livianas, revistas de escaso voltaje, etc. No creo que tu melancolía de ciudad sea muy dolorosa. Y acierta.

En compensación de tales atrocidades de vez en cuando ocurren cosas increíbles. Lee en el Ateneo Elvio Romero ⁸, poeta sudamericano, humano, honesto, social y bueno. Lee también Pepe Hierro y todos nos sentimos agradecidos.

[*Letra de Félix*]

Hay en el café unos niños con trajes de carnaval que juegan a molestar a todo el mundo con enormes globos. Sin embargo, nadie se molesta.

Te prometemos una carta más profunda –mejor dicho: más pensada, más elegida que no más profunda: ahora ocurre todo; hemos olvidado las frases, nos queremos y os enviamos nuestra tarde y nuestro afecto. ¿No es profundo?

[*Letra de Paquita*]

Después de lo dicho casi no me atrevo a añadir nada, salvo que nos gustan tus versos, que los queremos

⁸ De Elvio Romero, biógrafo a distancia de Miguel Hernández, consta en el Archivo de Molina una carta de fecha anterior, 1-8-1957.

como a vosotros, y que sonreímos ante la perspectiva de veros pronto. Haz un esfuerzo, Manolo, y déjate ver.

[*Letra de Félix*]

Te enviamos mi último poema⁹ con un abrazo Félix y Paquita

[*Letra de Paquita*]

Mandamos besos para tus niñas, a las que conocemos a través de Mágina.

El «último poema» remitido por Félix estaba compuesto por cinco estrofas de versos alejandrinos que articulan el paso del tiempo como eje central, próximos —diría yo— a la serie de los ocho sonetos iniciales de *Las piedras —Del árbol de los tiempos nos hemos desprendido / bajo todo un sistema de galaxias de años* (soneto 5)— y, más formalmente, atendiendo al número de estrofas, a los cinco que siguen al *Madrigal* en la parte II de dicho libro¹⁰. Prueba inequívoca de que en 1960 el poeta se hallaba en plena elaboración de su *ópera prima*:

El árbol genealógico principia en uno mismo,
Nuestros antepasados son las fotografías,
ramajes cuyos frutos cayeron al abismo
de los siglos, los años, los meses y los días.

Somos la extraña suma de edades numerosas
que nacen y que expiran en el mismo segundo
como si nuestra vida fuera un paso de rosas
y nuestro tiempo olor espinado y profundo.

Doscientos nacimientos, doscientas defunciones
y cuatrocientas sienas hay en nuestras cabezas;
por eso contenemos doscientos corazones
y sufrimos la zarpa de doscientas tristezas.

⁹ Poema sin título en folio papel de copias, 22x31,8,

¹⁰ Félix Grande, *Biografía. Segunda edición aumentada*. Barcelona, Seix Barral, 1977, pp. 55-62 y 69-78.

Y un día, no un día cualquiera, sino el de la muerte,
nuestro inmenso resumen se viene abajo y cesa
y queda en nuestros ojos sobre el espejo inerte
la eternidad total, recobrada e ilesa.

Y cuando la caricia digital, temblorosa,
del hijo, corre párpados, tapiando ansias y miedos,

él siente bajo el tacto como un peso de fosas
antiguas, para siempre prendidas en sus dedos.

Genealogía que en Grande era principio y resultado existencial de «la extraña suma de edades numerosas», como en Ángel González, pocos años atrás (*Áspero mundo*, 1956), había sido el producto del «viaje milenarío de mi carne / trepando por los siglos y por los huesos...» dicho con incontenible vitalismo expresionista.

En la copia enviada a Molina, se habían deslizado cuatro mortificantes erratas que Félix Grande se apresuró a enmendar remitiéndole al día siguiente nueva versión de este poema, con el ruego de que destruyera el anterior¹¹. «Imagino que sabrás comprender este proceder pueril a primera vista», se excusaba.

El último de estos dúos epistolares está fechado en junio de 1960, redactado en el piso de Paquita. «*Estamos solos en una habitación que se comunica con la calle por medio de una gran ventana. Llega pues la última, la penúltima luz de la tarde.*» Félix Grande se mostraba exultante por haber terminado un cuento en el que la sinceridad humana le parecía haber superado los artificios literarios y trata de explicar a Molina su satisfacción por haberse mantenido fiel al compromiso creativo:

La fórmula ha sido sencilla: ser sincero; decir cosas de esas que se callan durante varios años. Es sencillo pero puede resultar molesto después, cuando los seres encuentran en el autor otro ser que antes no era. También pienso que no proceder de esta forma, no

¹¹ Correcciones: Estrofa 4ª, v. 1: decía ‘*el día de la muerte*’; v. 4: ‘*eternidad total*’. Estrofa 5ª: v. 1: ‘*temblorosa* [.]’; v. 2: ‘*corra párpados*’.

observar este principio sería una cobardía y un fraude, una deserción; la deserción de mí mismo; la más tenebrosa de todas.- Es esta narración una cosa que de publicarla –no lo será de momento– podría ocasionar que por ella me odiaran los comunistas, los monárquicos, los demócratas y todo partidista incondicional; los familiares más inseguros, los amigos inseguros y un gran número de lectores –si los hubiere– también inseguros. Después de haber quedado en claro conmigo mismo, siento que todas esas consecuencias no me importan, pues queda atrás el haber cumplido con uno de mis más caros y difíciles principios: la verdad. Tal vez esto no es más que orgullo. Bien sea.

Paquita ponía su habitual contrapunto para mantener la relación amistosa en sus términos más convencionales:

Queridos amigos:

Como dice Félix, es verdad que hemos tardado en escribiros, pero también lo es que aunque somos perezosos para pluma, no lo somos para el recuerdo, y muchas veces os hemos tenido con nosotros en nuestras conversaciones. Estamos un poco defraudados de no haberos visto este año por aquí, como teníamos la esperanza. La temporada literaria está tocando a fines. Vamos a despedirnos con un recital en cinta magnetofónica de Juan Ramón Jiménez, leyendo algunos de sus últimos poemas inéditos.

Manolo, supongo que el próximo año mi compañero y yo te tendremos con nosotros por aquí, ya que, por ahora, es un poco difícil que vayamos nosotros a esas tierras.

Aunque no tenemos derecho a ello por tardones, esperamos que nos contestes no demasiado tarde y que nos cuentes cómo te van las cosas y los

versos. Mándanos algo de tu última producción, ya sabes que nos alegra de verdad.

Me gusta decirnos que estamos contentos, somos felices y no tenemos ni cinco céntimos. Imagino que cosas muy parecidas os sucederán a vosotros, y que a pesar de ello también estaréis contentos.

Todos los amigos de por acá nos dan recuerdos para ti y especialmente Esteve.

Recibid los dos un fuerte abrazo. Paquita.

A partir de esta carta el tono de la correspondencia decae. En 1961 el matrimonio Molina hizo un viaje a Madrid y parece que a su regreso Félix y Paca ya no respondieron a sus cartas. Quizás el oriolano se mostrara demasiado crepuscular y lejano para la vitalidad de aquellos jóvenes en pleno proceso de afirmación, embarcados en una briosa recuperación generacional. Al no obtener respuestas a sus cartas a Paca y Félix, trató de obtener noticias a través de Suzy a quien se dirigía por primera vez. Ella —entre otras juiciosas reflexiones sobre la relatividad personal de todo compromiso artístico vocacional con la pintura y la esperanza de que «las políticas necesarias» se orientaran «a favor de la humanidad sin desvalorizar el Arte, que es nuestro gran tesoro»— quitaba importancia al silencio de sus hermanas y de otros amigos, como Esteve que se quejaba igualmente del silencio de Molina (carta [noviembre 1961]). El poeta le envió un poema y Susy le respondió con sumo tacto tratando de eludir definitivamente su insistencia, argumentando que, a diferencia de sus «hermanitas» ella, como pintora no se consideraba «muy capacitada para tratar con autoridad sobre literatura» (carta [enero 1962]).

De la magia comunicativa inicial a las fórmulas de compromiso la intensidad de aquella amistad había perdido fuelle. La breve misiva mecanografiada con que Félix Grande cerraba esta serie epistolar (carta [enero 1967]) agradecía la «penetrante» reseña de Molina a su cuento «El perro», premiado en el concurso de la Biblioteca Gabriel Miró de Alicante¹². Sobre un oficinesco papel

¹² Manuel Molina, «Crítica de libros. *El perro*, Félix Grande / *Allá donde está el sol*, María Beneyto». Alicante, *Idealidad*, diciembre 1966. Molina también había

timbrado, el cálido «Manolo» de antaño se diluía en un tibio «Manuel» entre apresuradas protestas de amistad.

CORRESPONDENCIA CITADA

- Aguirre, Margara, y Paquita Aguirre. Carta a Manuel Molina. Sin fecha [principios de 1959]. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- . 30 octubre 1959. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- Aguirre, Margara. Carta a la familia Molina. 24 diciembre 1959. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- . Felicitación navideña a Manuel Molina y Carlos Sahagún. Sin fecha. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- Aguirre, Paquita. Carta a la familia Molina. 24 de diciembre 1959. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- Aguirre, Susy. Carta a Manuel Molina. 1 noviembre 1961. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- . Carta a Manuel Molina. 25 de enero 1962. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- Grande, Félix. Noviembre 1959. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- . 3 diciembre 1959. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- . 1 marzo 1960. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.
- . Carta a Manuel Molina. 24 enero 1967. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.

reseñado en dicha revista sus poemarios *Las piedras* (julio 1964) y *Música amenazada* (junio 1966) sin que conste de ellos acuse de recibo del autor.

Grande, Félix y Francisca Aguirre. Carta a Manuel Molina. 28 febrero 1960. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.

—. Junio 1960. Archivo de la Democracia, Universidad de Alicante. Manuscrito.